

larga y barbuda del español apareció en una ventanilla. No hizo signo alguno particular ni agitó el pañuelo. Sonreía levemente y fumaba un pitillo.

—¿Cómo va, querido Ignacio? ¿Buenas noticias de todo el mundo?

—¡Buenas noches, Francisco... Señora... querido!—Y sin embarazo ninguno Salientes, saltando al andén con sus dos maletas, que posó en el suelo, estrechó las manos que se le tendían, se inclinó, levantó un poco su sombrero flexible cubierto de polvo, sacudió la ceniza caída sobre su chaqueta, y después, con su tono un poco gangoso, exclamó:

—¡Ah, caramba, acabara de llegar el fin de este viaje! Yo había perdido la costumbre de viajar en los ferrocarriles de mi país... Con esta temperatura son braseros.

—Muy buen principio,—dijo Darnot al oído de Juana—y ahora á nuestras gentes...

Los nuevos domésticos Victor y Lucía, descendían molidos de un estrecho departamento de segunda, lleno desde la capital. El hombre era un bruto pequeño y rechoncho, de cara cuadrada. La mujer, pequeña también y flaca, tenía aspecto de falsedad, la voz melosa. Traían y se repartieron varias cajas de cartón mal atadas, y unos paraguas.

En tanto que Marcos y Juana se ocupaban de ellos, Francisco cogió de un brazo á Ignacio diciéndole:

—¿Qué hay de nuevo, viejo hermano?... ¡Qué alegría tengo en verte!...

—¿Esto no ha terminado todavía?... ¿Tú sabes que María te espera?

—¿Si no ha terminado cuál?... No había más que una cosa que tenía que terminar: mi esclavitud entre las Montmelian... Te prohibo hablarme de ella... Juana me ama y yo amo á Juana. Somos dichosos. Si es eso todo lo que tienes que decirme...

Y Francisco, apartándose de su camarada, puso una cara de enojo tan fácilmente visible, que Salientes comprendió en el acto la inutilidad absoluta de su venida. Juana se apresuró á reunirlos nuevamente. Entonces Ignacio se refugió en una semifranqueza que le pareció más diplomática:

—Escuchadme los dos. Yo no soy un embajador. Nadie me ha encargado comisión alguna para ustedes. No soy más que un curioso. Tengo demasiado horror á que nadie se mezcle en mis negocios, para mezclarme yo en los de los demás.... Soy el amigo de una familia desunida, que desea que todo pase convenientemente, sin escándalo.... y vengo á entenderme contigo acerca de este particular...

—Esto es muy admisible—respondió Francisco en forma que su querida entendiera que había otra cosa. Pero Juana amable, dulce, colgada del brazo de su amante, miraba al emisario del enemigo con una agradable seguridad, y se podía leer en sus ojos cándidos esta pregunta: ¿Qué más necesita usted, querido señor, porque eso es por demás claro y sencillo?

—Para mañana los negocios serios—prosiguió Ignacio.—Ahora yo quiero entregarme al placer de volver á ver en verano la bella Granada... ¡Ah, qué dichoso he sido yo aquí!

—¿Es verdad que mi padre está enfermo?—

preguntó Juana sin parar mientes en consideraciones poéticas.

—Su asma le ha vuelto. Hemos pasado juntos un rato la otra noche en su taller. Tosía. Pero esté usted segura de que no es nada grave.

—¡Ah, tanto mejor!... ¿Habla de nosotros?

—Con indulgencia y bondad. Ha recibido las cartas y postales de ustedes y las ha agradecido. Escribirá á ustedes en cuanto el reuma le suelte la mano que le tiene cogida.

—¿Y Nora, su pequeña discípula, le ha soltado ya?

Ignacio se echó á reír. Luego respondió:

—Nora trabaja siempre en la antesala. La campanilla de la barrera tiene el mismo sonido. Nada ha cambiado.

—¿Y mamá?

—Encontré á la señora de Verneuil que subía por la avenida de Clichy, un día de estos. La puse al corriente de mi intención de venir á donde ustedes, y me encargó que les hiciera presentes mil cosas afectuosas. En fin,—continuó Ignacio dirigiéndose á Francisco—me informé de la salud de tu padre y de la de tu mamá. De esta parte todo va también perfectamente, y no tienes por qué inquietarte.

—Entonces ¡viva la alegría!—concluyó Juana.

—¿Usted debe traer hambre, no? Vamos á cenar en nuestra habitación.

Quando se hallaron ante las luces, salientes se fijó, estudiándolas, en la fisonomía dura y chabacana de Francisco, en la de Darnot, hipócrita, y en la indiferente y jovial de Juana, viniendo á sacar la conclusión de que su amigo era definitiva-

mente prisionero de una aventurera y de un bandido. La imágen de María, tierna, desolada, dolorida, tal como la había tenido en sus brazos temblorosos antes de partir, flotaba entre él y estos seres extraños, y le hacía preguntarse qué hacía él allí. Esperaba una pregunta directa y fué Juana quien, sencillamente, un poco alocada, le ofreció la ocasión que deseaba, como se presentan las frutas de postre.

—Mi querido Ignacio, son las dos de la madrugada y nosotros vamos á acostarnos. Este es el momento de la franqueza. Si usted tiene algo que comunicar á Francisco... no deje de hacerlo. Marcos y yo dejamos á ustedes sólos.

—Pero él no puede tener nada que decirme que no debas oír tu,—exclamó Francisco forzándola á sentarse de nuevo.

El español consintió en que la jóven se quedara.

—Se lo diré delante de usted, señora, y hasta puede usted tener voz en el Capítulo... Tu mujer, querido amigo, está decidida á pedir el divorcio....

—Esto no es una desgracia.

—Desea que todo se arregle lo más rápidamente posible y lo más discretamente posible...

—Yo lo deseo también.

—Tu formarás una lista de los objetos, muebles, cuadros, tapices, joyas, que desees conservar. Yo cojeré esa nota é iré á ver al abogado que tu designes. Por su parte, María reclama un reloj y una sortija procedentes de sus abuelos... Ha creído que siempre sería menos penoso tratar de estos enojosos asuntos por medio de mi intervención

amistosa. Yo ahora debo recibir y trasmitirla tus observaciones.

—Perfectamente—respondió Francisco.—Pero necesito refrescar mi memoria. De todos modos tendrás la lista antes de tres días.... Supongo que no nos vas á dejar inmediatamente.

—No, palabra que no. España me ha reconquistado. Tengo deseos de pintar en este mes de Agosto una avenida del Generalife que yo conozco. Si mi presencia no os es insoportable, prolongaré mi estancia aquí por una semana próximamente.

—No desespera de apartar de mí á su amigo,—se dijo Juana, que cambió una rápida ojeada con Darnot. Ignacio era uno de esos hombres con quienes hay que tener cuidado en casos como aquel. No se le engañaba fácilmente.

—Me place la sinceridad de usted, Ignacio,—dijo la joven—y me alegro mucho de que no nos abandone. Así tendrá usted tiempo de juzgarme y da ver que soy mejor de lo que se cuenta... Sí, sí... Laura me odia y tiene razón... María no pueda tener por mí otros sentimientos que los de una rival vencida. Yo le robé á Francisco... se lo tomé, lo guardo... Pero la estimación de sus verdaderos amigos me es preciosa, y quiero adquirir la de usted.

Cinco días después, Ignacio escribía á María la siguiente carta:

«Mi muy querida amiga: aquí estoy desde hace una semana, dilación que me he impuesto por ser necesaria para poder hacer algo y dar á usted noticias. Y algo he hecho y algo puedo comunicarla, aunque poco: para mí es evidente hoy que, á no

obrase un milagro, Francisco está perdido para usted, para nosotros.

»Esta mujer es una intrigante y una viciosa, sostenida por un verdadero corruptor. Yo no había fijado antes mi atención en este Darnot, mestizo temible y singular, metódico en su juego, que conoce á maravilla á sus explotados, á quienes conducirá sabe Dios á donde. Cuando su mirar obstinado y neutro se encuentra con el mío, siento una conmoción misteriosa que me hace creer en algo sobrenatural. Él lee mi pensamiento como yo leo el de él. No abandona, estando conmigo, una política obsequiosa, pero conozco que si yo tuviera éxito en mi empeño, sería capaz de asesinarme tranquilamente. Domina á Francisco por medio de Juana, y si aún no es el amante de esta, lo será pronto.

»Llegué á Granada en una noche ardiente y magnífica. Dos nuevos criados mandados de ahí por gestiones del dicho Darnot, vinieron en el mismo tren que yo. Durante el viaje ví sus caras de desterrados. La Verneuil y el secretario me esperaban, me acechaban con él en la estación. A la primera palabra él me rechazó con una violencia tal, que, á no ser por la promesa que hice á usted, me hubiera vuelto de allí mismo..... Entonces intervino *ella*, interrogándome sobre varias cosas, sobre el reuma de su padre, sobre las intenciones de usted, y yo contesté sin rodeos poniendo el asunto lo peor que pude, porque comprendí que no había otro camino que seguir: dije que usted iba á pedir el divorcio, y ofrecí mis servicios de honrado corredor ó intermediario. Me escucharon con una desconfianza real y con una buena fe aparente.

»A la mañana siguiente, me acordé de mi calidad de pintor y me fuí al Generalife con un mal caballete que alquilé en la ciudad, una tela de dos metros y la caja de los colores, á fin de pintar, pensando en usted y en sus negocios, un aspecto estival de mis queridos jardines.

»Contaba que Francisco iría á reunirse conmigo, pero fué Juana quien apareció por allí, y como yo continuaba con mi doble papel de paisajista filántropo y de conciliador desengañado, nos entendimos muy bien. Se sentó á mi lado. Sus intenciones oscilaban entre la amistad franca (en que su extraordinaria fatuidad la hace creer, á pesar de todo) y la coquetería. Tiene una risa insoportable, y cuando yo recordaba que esta artificiosa alegría, estos ardidés y estos ojos vivos han causado la desgracia de usted, sentía deseos, se lo juro, de romper una paleta sobre aquella cara.

»Evidentemente ella me estudiaba, y yo la desconcertaba algo. Es de las que procuran espiar y conocer los caracteres, y yo seguía su ejemplo. Ensayó sucesivamente para ganarme, el halago de mi vanidad—que es frágil;—quiso sacar partido de mi simpatía por Francisco—que está ya muy menguada y vacilante, si no destruida;—apeló á mi afecto hacia usted. No repetiré sus indicaciones, ni contaré sus propósitos pretensiosos, vanos y molestos para usted. Me ha parecido comprender que desde hacía tiempo deseaba conquistar á Francisco, y que considera como un robo que usted la hizo, su casamiento con él.

»Poco después llegó mi amigo. No tiene mala cara, pero sí falsa y disimulada. Se le conocen los efectos de los malos consejos recibidos, y he nota-

do en él síntomas graves de la decadencia moral que su contacto con nosotros, con usted y conmigo, había venido combatiendo y retardando.

»María, lo que voy á confesar á usted es salvaje y la causará tristeza, pero es la verdad: no sienta usted lo ocurrido; este hombre, más pronto ó más tarde, la hubiera abandonado. Es este el destino de él: rodar al abismo... Ahora, del mal el menos: arrastrará á otra con él, no á usted.

»He notado ya que su cuidado principal consiste en afirmar con insistencia su dicha, su alegría, sus muchas felicidades, como si abismándose en ellas quisiera olvidar. Se pasa el día bebiendo *cocktails* en compañía del secretario, que echa sin duda el contenido de su vaso sobre las botas, como un traidor de melodrama, á fin de preservar la lucidez. A título de extranjero se ha hecho recibir en un círculo de Granada, en que mis compatriotas se dejan desvalijar por algunos alemanes calificados de griegos. De la suma de dinero que trajo, ha gastado ya diez mil francos, (tengo este dato por Darnot) lo que para cinco semanas me parece bastante. Es verdad que cerca de la mitad, cuatro mil, si yo he entendido bien, los empleó el mismo Darnot en un negocio de minas de oro. Francisco, tal como usted le conoce, estima que antes de diez meses se habrá triplicado esa cantidad colocada.

»Anteayer hemos ido á visitar al director de la falaz empresa, un berlinés con aspecto de judío, que pretende descubrir en el suelo de Granada un nuevo Transwaal. Mis sencillos españoles le escuchan, y el agiotaje ha empezado ya sobre las afirmaciones de este filibustero, de este falsificador de pepitas, que habita á algunos kilómetros de la ciudad, en plena montaña...

»¡Que no haya visto usted esto conmigo!... No he tomado un croquis del paisaje porque es inolvidable, con sus rocas rojizas, peladas, abiertas por los gnomos ávidos, que pueblan los lechos de los torrentes secos y producen el miedo y la codicia.

»Allí, en tanto que Darnot y Juana chapurreaban en compañía de los secretarios, de los corretores de negocio, de una cuadrilla de bandidos de ojos negros, yo tuve al fin unos minutos de conversación con Francisco. No sé lo que habría pasado por la mañana entre él y ella, pero él no estaba en las mismas disposiciones que á mi llegada. Se inclinaba á la melancolía. Ha visto, y esto ya es un progreso, que las ilusiones duran poco y que los cambios no aseguran para siempre la felicidad.

»Aprovechando este estado de espíritu, agravado aún por el desconcierto de una naturaleza árida, le he hablado sin violencia de usted, María, de su gracia, de su bondad, de su magnanimidad sobre todo, y el alabar á usted libremente ante un hombre que fué todo para usted y que se ha dejado llevar por desconocerla, me hacía mucho bien. Me ha dejado decir, sin interrumpirme, acechando con una mirada viva y alerta, la sinceridad de mi pánegírico. De tiempo en tiempo él suspiraba, acaso de remordimiento, tal vez de nostalgia, puede ser que de cansancio, pues su pereza es tan fuerte que le domina y es su principal móvil. Practica la inercia vehemente.

»Le he hecho una descripción de la soledad de usted, de su angustia, de la cobardía de un abandono como el que él llevó á cabo. Le he repetido mil veces—deseando convencerme á mí mismo de esto,—que usted no había amado jamás más que á

él, que él era, lo mismo ahí que ausente, la preocupación constante de usted. Al llegar á este punto ví en su cara algo de irónico, pero eso duró un instante tan sólo, y comprendí seguidamente que estaba conmovido.

»Grandes mosquitos revoloteaban en torno nuestro, y Francisco los espantaba con una mano endeble y sin fuerzas, haciendo un gesto de denegación, un gesto que podía tener dos interpretaciones, dos fines; y es que su naturaleza emprende siempre la vía oblicua, en que su deseo del momento tiene la fortuna luego de volver á encontrar la haraganería.

»Terminados los argumentos cerré mi discurso, del que procuré desterrar todo reproche directo. Él tenía dos lágrimas en los ojos, se lo juro á usted, y á mí la garganta me ardía, pues había hablado en voz baja, pero vigorosamente, con la voluntad de persuadir. Francisco volvió hacia mí su cara triste y pronunció estas textuales palabras: «Dila que la agradezco los dos años de felicidad que me dió... que la envió un abrazo y que... no me volverá á ver... Lo que necesita ahora es olvidarme...»

»He aquí, mi pobre amiga, la palabra horrible que no puedo ocultar á usted. Usted deseaba que yo la oyera de los labios de él, y yo he obedecido á usted puntualmente. Pero mi corazón sangra cuando me imagino á usted herida, lastimada, sin esperanza ante esta carta.

»Escuche usted: yo no marcharé aún; un instinto secreto me advierte que puedo salvar alguna cosa continuando aquí, que aquella fase no es la última, que debe obligarme á abandonarle. Si no

puedo llevarse á usted, acaso pueda retardarle por algún tiempo el desastre. Así yo venceré mis repugnancias y veré lo que es posible hacer durante una ó dos semanas.

»No me olvide usted, adorable amiga, y piense que su angustia es de lejos como de cerca compartida por su respetuoso y fiel

IGNACIO SALIENTÉS.»

Cuando el pintor cerraba el sobre, oyó un golpe dado en la puerta de su cuarto. Era Darnot:

—Pido á usted perdón por venir á interrumpirle, pero estoy encargado de una comisión cerca de usted. Mañana es domingo y hay corrida de toros en Ronda... Si le agrada la fiesta podremos tomar los cuatro el tren que parte dentro de una hora. Pero es preciso no descuidarse.

—Jamás he dejado de asistir á una corrida, pudiendo hacerlo—replicó Ignacio.—Un día de viaje no me asusta, aunque sea en el mes de Agosto, como ahora, cuando se trata de aplaudir á un buen espada. Seré exacto.

Ya los ojos espertos del secretario habían inventariado en ese corto espacio de tiempo los objetos que Salientés transportaba siempre consigo y que tenía en la habitación, apercibiendo entre ellos una fotografía de María, que el pintor no había tenido tiempo de recoger. Darnot, mostrando sorpresa de verla, pero recobrando su frialdad, preguntó.

—¿Tiene usted noticias de Saverne?

—Ninguna. ¿Y ustedes?—Ignacio, volviendo la

cara, se vió pálido en el espejo. Aguardó la respuesta.

—¡Oh, no hay razones de importancia para que nos tenga al corriente de sus pequeños negocios!

—Y á propósito de negocios,—indicó el pintor con la mayor naturalidad:—yo creo que ustedes están próximos á entrar en una empresa un poco sospechosa... Estas minas de Granada... este berlinés... ese olfatear á la legua dónde se puede sacar dinero, de buena ó de mala manera...

—Es demasiado grande el negocio ese para no despreciar los riesgos que, al fin, en todas partes los hay, cuando uno aventura su bolsa..... Yo no tengo comisión, mi querido señor, suplico á usted que me crea...

Después, tras un gesto negativo, Darnot terminó la conferencia con un breve «hasta otro rato.»

—Va hostigado—pensó el pintor—pero yo estoy aliviado de un peso. Esto es lo principal.

Una hora más tarde los cuatro compañeros, encerrados en un departamento de primera clase, mal defendido del sol y del polvo por unas cortinas de resorte, de tela gris, esperaban con impaciencia el crepúsculo.

—No llegará nunca—suspiraba Juana, atisbando por los intersticios que dejaban aquellas cortinas, el paisaje de montañas abrasadas, con ríos secos de pedregosos lechos, parecidos á serpientes de piedra, sobre las cuales caían implacables las largas flechas de plata del sol canicular. Luego, encontrando demasiado pequeño su abanico, se hizo uno con un ejemplar de *El Imparcial*.

Había desabrochado el cuello de su blusa de

tela cruda, y Darnot no quitaba sus ojos de la línea sudorosa y blanca, un poco hinchada, de su pecho. Francisco, que se había despojado de la americana y del chaleco, no hacía más que beber á cada cinco minutos; pero el agua de Insalus hervía en la botella y no apagaba la sed.

En cada estación, y las paradas eran numerosas, el maquinista del tren, grueso y sucio, que parecía un Sancho negro, descendía de su máquina, iba á dar un apretón de manos á sus amigos y conocidos, al jefe de la estación, desabrochado y jovial, cuya autoridad no aparecía más que en los galones de su grasienta gorra, y á la señora de la cantina, instalada cómodamente en un hueco que antes había sido ventana. Los viajeros aguardaban.

Varios hombres del pueblo, mal afeitados, con sus caras morenas y fieras bajo los grandes sombreros grises; mujeres voceadoras, envueltas en chales negros, con flores rojas y blancas en sus cabellos oscuros y engrasados; chiquillos turbulentos; viejos apoyados en bastones; mendigos harapientos, y caballeros á quienes esperaban sus bestias rumiando melancólicamente unas hojas de lechuga; toda una población ruidosa, atisbaba aquella distracción del día, la llegada del exprés de Granada.

Pronto los viajeros comenzaron á hablar con los indígenas, los nómadas con los sedentarios, en los estribos, en los andenes, en las salas de espera; no se podía distinguir á los que se quedaban de los que iban de paso; cada uno estaba á su comodidad, como en su casa, instalado allí como para siempre, indiferente á la hora y al objeto. De tiempo en tiempo, para descargo de su conciencia,

un empleado, celoso de su deber, iba á tirar de una cuerda que ponía en movimiento una vieja campana, á cuyo son se reía la amable asamblea, ladraba un perro y rebuznaba un pollino.

Detrás de la estación, Francisco, Juana y Darnot, á la vez divertidos por lo pintoresco de la escena é irritados por la parada, veían una ruta larga amarilla, torcida y pendiente, sin árboles ni verdura, que terminaba en un poblachón formado de varias granjas parecidas á fortalezas desmanteladas y sobre el cual llovía una nube de polvo gris. Por encima y alrededor del caserío, el cielo y el horizonte aparecían dorados, como en las miniaturas de un libro de horas, orlados de una púrpura muy delicada, separados por líneas de árboles lejanos, enredaderas y filigranas de luz.

—¡Agua, agua!—gritaban las mujeres con plañideras voces, ansiosas de apagar la sed que las tenía con fiebre. Varias chiquillas, con los piés desnudos, repetían el mismo grito, pero estas ofreciendo el ansiado líquido, tendiendo á las sedientas las alcarrazas vidriadas.

Sólo Ignacio se divertía verdaderamente, reconquistado por su raza, por las costumbres de su infancia y por la magnificencia de los paisajes. A pesar de los clamores de Francisco y los movimientos de espalda de Darnot, encorajinado además por las burlas de Juana, el pintor, saltaba como sus compatriotas al andén, hablaba á las vendedoras de agua, á los mozos de mulas, á los granujillas, á los empleados, al jefe de estación, y protestaba contra la larga duración de la parada y contra la temperatura reinante. Sus chanzas, comprendidas por todo el mundo y juzgadas excelen-

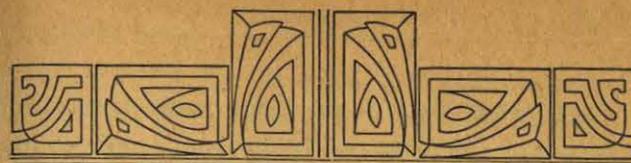
tes, exaltaban sobre todo al maquinista que, oyéndolas, se olvidaba de la locomotora y se empeñaba en que «el buen señor alegre» aceptara un vaso de aguardiente y un pitillo que sus gruesos dedos, brillantes y ennegrecidos con el carbón, acababan de arrollar ágilmente.

Socialista catalán, de Barcelona, el tal maquinista predicaba en vano á los aldeanos andaluces en cada uno de sus viajes, y persuadido de que la felicidad para todos iba á llegar en breve con la implantación de las nuevas ideas, este excelente hombre abandonaba su obligación para dedicarse á disertar. Alrededor de él jóvenes y viejos reían, juzgándole un poco desequilibrado, pero lleno de loables utopías. A Ignacio le hizo el efecto de un profeta incomprendido, perdido entre las palabras técnicas y vacías aprendidas de otros oradores en la gran ciudad.

—Pregúntale cuándo partimos... ¡Dile que tendríamos que estar en Bobadilla á las dos!...—indicó Francisco desde la ventanilla, en tanto que junto á él, detrás del cristal, aparecía la figura alegre y fisgona de Juana.

—¡Señorita, señorita, agua, al agua, una peseta!—gritaban las aguadoras, mezclando la oferta á la demanda, alzando sus botijos de vivos colores.

Por fin, había que pensar en las cosas serias, y llegaba el momento de partir. Los hombres estrechaban las manos á Ignacio y al maquinista; este enviaba besos á las mujeres; el jefe de la estación agitaba su gorra; los mozos de mulas sacudían sus látigos, y las bestias movían las orejas. El tren se ponía en marcha á través del campo encendido y sublime, sin agua ni ramajes, semejante al plano de un campo de batalla hecho de relieve, y en el cual los insectos *siseaban* de calor.



CAPITULO IV

A través del fuego

(Continuación)

—Evidentemente no hay nadie más que nosotros dos—dijo Juana riendo—capáz de salir á las tres de la tarde en el mes de Agosto por las calles de Córdoba la ardiente... Venga V. cerca de mí, que le resguardaré del sol.

Ignacio estaba adormilado, entorpecido, y desde hacía unos minutos no pensaba más que en huir de aquel sol abrasador que caía sobre su nuca. La voz y la risa de Juana le avivaron. Ahora se preguntaba qué vago lazo de amistad, qué vago cariño hacia su país le retenía así, lejos de París, bajo el fuego de la canícula española, en contacto con Francisco, por quien casi nada le importaba ya, y con aquella mujer, bonita, pero que le era indiferente, y con Darnot, á quien despreciaba.